

especial para *El Financiero*, edición del 4 de junio de 1992
González Gortázar
miguel àngel granados chapa

Se creería, por la ubicación de este artículo en la paginación de este diario, que el apellido corresponde a Jesús González Gortázar, dirigente de pequeños propietarios agrícolas, y diputado. Pero no. El protagonista de estas líneas es su hermano Fernando González Gortázar, un arquitecto, escultor, ecologista y sobre todo espléndido ser humano. La razón por la cual quiero referirme a él es por la gran lección de honradez política que ha dado, y que requiere ser dada a conocer con amplitud.

En un debate que versaba sobre la pertinencia de una reforma legal con destinatario expreso, la típica ley del caso, contraria a la más sana filosofía jurídica, pues se pierde el carácter general que debe caracterizar a la norma legal, González Gortázar refirió un suceso personal, y al mismo tiempo de naturaleza pública, en que su padre, el licenciado Jesús González Gallo, fue personaje central. Elegido gobernador de Jalisco para el periodo que empezaba el primero de marzo de 1947, González Gallo debía concluir su periodo en 1951, pues en el momento de su elección estaba vigente la Constitución que extendía a cuatro años el término de un gobernador. Luego de la jornada electoral el texto legal fue reformado para armonizarlo con el federal y los de otras entidades, y constituir sexenios. El Presidente Alemán decidió que González Gallo se beneficiara de esa reforma, y pidió al general Marcelino García Barragán emitir un decreto en que se prolongara el siguiente periodo. García Barragán rehusó hacerlo, y entonces la legislatura local, al cuarto para las doce (es decir, trece días antes de que expirara su mandato) lo depuso del cargo. González Gallo gobernó el sexenio deseado por Alemán, que concluyó el último día de febrero de 1953.

Tras de narrar a grandes rasgos este episodio, que aquí hemos completado con circunstancias de tiempo y modo, González Gortázar concluyó admitiendo que García Barragán había tenido razón al no aceptar una aplicación inadecuada de la ley. González Gortázar dista de ser un descastado, que lanzara improperios contra su progenitor. Por lo contrario, en el debate mismo a que me refiero, especificó la entrañable vinculación que lo ligaba a él. Debe haberle sido muy satisfactorio, en tal sentido, el que hace no mucho el arquitecto Ignacio Díaz Morales llamara al gobernador González Gallo "uno de los mcenas màsexquisitos que he encontrado. En sentido contrario, García Barragán mereció un acre comentario de González Gortázar. Pero en un muy meritorio esfuerzo de objetividad, que no riñe con la fidelidad filial, Fernando dio al Cèsar lo que es del Cèsar.

Como tapatio, como arquitecto y escultor volcado al urbanismo, y como pionero en la defensa del medio ambiente, González Gortázar ha resentido casi como las víctimas directas la tragedia del 22 de abril. Lo lastima especialmente el que la reconstrucción no sea oportunidad para mejorar en diversos sentidos el habitat de los damnificados. Los precios a contar de los cuales se cubrirán las indemnizaciones, a su juicio, están lejos de permitir a los afectados reconstituir sus patrimonios, y menos podrán hacerlo si no se propician proyectos conjuntos, en vez de jugar con la necesidad de los propietarios de edificios y casas que aceptarán cualquier cantidad como indemnización, en vez de procurar obtener el mayor provecho legítimo de las compensaciones que tardía, magra y mezquinamente se les otorgarán.

González Gortázar expuso algunas ideas sobre la reconstrucción al participar la semana pasada en el foro organizado por la Universidad de Guadalajara sobre riesgos ambientales y cultura. Esta propia institución universitaria ha editado recientemente dos libros de Fernando. Uno se titula *Mathias Goeritz en Guadalajara*, formado a base de conversaciones con Díaz Morales, Juan Víctor Arauz, Jorge Matute Remus, Esmeralda Villaseñor de Matute, Enrique Nafarrate y Alejandro Zohn. En el otro, *Ignacio Díaz Morales habla de Luis Barragán*. El valor de esos libros es triple. Por un lado, se refieren a dos gigantes de la arquitectura mexicana, vistos a través de sus vivencias y sus obras. Quienes hablan de ellos tienen, en algún caso al menos, dimensión semejante a la de los protagonistas de los libros. Se trata de Díaz Morales, que desde 1929 "fue construyendo una obra arquitectónica notable. Tan notable --dice su entrevistador-- que no tengo duda en afirmar que hasta bien entrada la quinta década del siglo, su trabajo es uno de los más sólidos y perdurables de la arquitectura mexicana".

Y finalmente, el propio González Gortázar no les va a la zaga. Nacido el 19 de octubre de 1992, graduado en la Universidad tapatía donde ha sido profesor, ha realizado un rico y diverso trabajo en una variedad de artes plásticas. Ha emprendido "una lucha por conservarse incólume ante las embestidas del desencanto", según escribió Angeles Montes de Oca, en el número 113 del semanario *Mira*, del 27 de abril pasado. Dueño de una trayectoria artística y profesional que se muestra en Guadalajara, la ciudad de México y varias ciudades españolas, González Gortázar hace y medita sobre su quehacer. Animador de una sociedad ambientalista, Pro Habitat, no sólo promueve la conservación de la naturaleza, sino que la ayuda cultivando y criando especies vegetales y animales. Pero sobre todo, como lo enseña el episodio que dio origen a estas líneas, es hombre de una pieza.

González Gortázar

Miguel Angel Granados Chapa

Se creería, por la ubicación de este artículo en la paginación de este diario, que el apellido corresponde a Jesús González Gortázar, dirigente de pequeños propietarios agrícolas, y diputado. Pero no. El protagonista de estas líneas es su hermano Fernando González Gortázar, un arquitecto, escultor, ecologista y sobre todo espléndido ser humano. La razón por la cual quiero referirme a él es por la gran lección de honradez política que ha dado, y que requiere ser dada a conocer con amplitud.

En un debate que versaba sobre la pertinencia de una reforma legal con destinatario expreso, la típica ley del caso, contraria a la más sana filosofía jurídica, pues se pierde el carácter general que debe caracterizar a la norma legal, González Gortázar refirió un suceso personal, y al mismo tiempo de naturaleza pública, en que su padre, el licenciado Jesús González Gallo, fue personaje central.

Elegido gobernador de Jalisco para el periodo que empezaba el 1 de marzo de 1947, González Gallo debía concluir su periodo en 1951, pues en el momento de su elección está vigente la Constitución que extendía a cuatro años el término de un gobernador. Luego de la jornada electoral el texto legal fue reformado para armonizarlo con el federal y los de otras entidades, y constituir sexenios. El presidente Alemán decidió que González Gallo se beneficiara de esa reforma, y pidió al general Marcelino García Barragán emitir un decreto en que se prolongara el siguiente periodo. García Barragán rehusó hacerlo, y entonces la Legislatura local, al cuarto para las 12 (es decir, 13 días antes de que expirara su mandato) lo depuso del cargo. González Gallo gobernó el sexenio deseado por Alemán, que concluyó el último día de febrero de 1953.

Tras de narrar a grandes rasgos este episodio, que aquí hemos completado con circunstancias de tiempo y modo, González Gortázar concluyó admitiendo que García Barragán había tenido razón al no aceptar una aplicación inadecuada de la ley. González Gortázar dista de ser un descastado, que lanzara improperios contra su progenitor. Por lo contrario, en el debate mismo a que me refiero especificó la entrañable vinculación que lo ligaba a él. Debe haberle sido muy satisfactorio, en tal sentido, el que hace no mucho el arquitecto Ignacio Díaz Morales llamara al gobernador González Gallo "uno de los mecenas más exquisitos que he encontrado". En sentido contrario, García Barragán mereció un acre comentario de González Gortázar. Pero en un muy meritorio esfuerzo de objetividad, que no riñe con la fidelidad filial, Fernando dio al César lo que es del César.

Como tapatío, como arquitecto y escultor volcado al urbanismo, y como

pionero en la defensa del medio ambiente, González Gortázar ha resentido casi como las víctimas directas la tragedia del 22 de abril. Lo lastima especialmente el que la reconstrucción no sea oportunidad para mejorar en diversos sentidos el hábitat de los damnificados. Los precios a contar, de los cuales se cubrirán las indemnizaciones, a su juicio, están lejos de permitir a los afectados reconstituir sus patrimonios, y menos podrán hacerlo si no se propician proyectos conjuntos, en vez de jugar con la necesidad de los propietarios de edificios y casas que aceptarán cualquier cantidad como indemnización, en vez de procurar obtener el mayor provecho legítimo de las compensaciones que tardía, magra y mezquinamente se les otorgarán.

González Gortázar expuso algunas ideas sobre la reconstrucción al participar la semana pasada en el foro organizado por la Universidad de Guadalajara sobre riesgos ambientales y cultura. Esta propia institución universitaria ha editado recientemente dos libros de Fernando. Uno se titula *Mathias Goeritz en Guadalajara*, formado con base en conversaciones con Díaz Morales, Juan Víctor Arauz, Jorge Matute Remus, Esmeralda Villaseñor de Matute, Enrique Nafarrate y Alejandro Zohn. En el otro, *Ignacio Díaz Morales habla de Luis Barragán*. El valor de esos libros es triple. Por un lado, se refieren a dos gigantes de la arquitectura mexicana, vistos a través de sus vivencias y sus obras. Quienes hablan de ellos tienen, en algún caso al menos, dimensión semejante a la de los protagonistas de los libros. Se trata de Díaz Morales, que desde 1929 "fue construyendo una obra arquitectónica notable. Tan notable -dice su entrevistador- que no tengo duda en afirmar que hasta bien entrada la quinta década del siglo, su trabajo es uno de los más sólidos y perdurables de la arquitectura mexicana".

Y finalmente, el propio González Gortázar no les va a la zaga. Nacido el 19 de octubre de 1942, graduado en la Universidad tapatía donde ha sido profesor, ha realizado un rico y diverso trabajo en una variedad de artes plásticas. Ha emprendido "una lucha por conservarse incólume ante las embestidas del desencanto", según escribió Angeles Montes de Oca, en el número 113 del semanario *Mira*, del 27 de abril pasado. Dueño de una trayectoria artística y profesional que se muestra en Guadalajara, la ciudad de México y varias ciudades españolas, González Gortázar hace y medita sobre su quehacer. Animador de una sociedad ambientalista, Pro Hábitat, no sólo promueve la conservación de la naturaleza, sino que la ayuda cultivando y criando especies vegetales y animales. Pero sobre todo, como lo enseña el episodio que dio origen a estas líneas, es hombre de una pieza.